

con ella en las batallas diera muerte á los más valerosos adalides. Mandó luego al auriga Automedonte (que era el amigo á quien despues de Aquiles él más queria, y en la lid sangrienta más que de nadie, al sostener el choque, de él se fiaba) que pusiera pronto al carro los bridones. El auriga obedeció á su voz y diligente unció bajo del yugo á Janto y Balio, que en correr á los vientos igualaban, del Zéfiro nacidos y la Harpía Podarga, que del mar en la ribera pacia descuidada cuando vista por el Zéfiro fué. Juntó con ellos al ligero Pedaso, que de Teba, la ciudad de Etion, Aquiles trujo cuando fué por su brazo conquistada; y aunque nació mortal, veloz seguia á los otros caballos inmortales.

Y entre tanto, las tiendas recorriendo, á todos los Mirmidones Aquiles mandaba que se armasen. Como suelen los carniceros lobos en el monte algun venado de ramosas astas perseguir y matar, su cuerpo todo despedazando, y en su roja sangre tiñen las negras bocas, y sedientos van en cuadrilla á cenagosa fuente, y con la punta de la lengua solo lamiendo el agua turbia de la sangre fétido olor arrojan, y su vientre se dilata, mas ellos en el pecho firme el valor conservan; así ahora de los fieros Mirmidones los Jefes todos, en derredor del escudero del primer adalid, apresurados se reunian. Y en el centro estaba Aquiles, animando con sus gritos á los fuertes guerreros que en los carros debian combatir, y á los peones.

Fueron cincuenta las veloces naves en que á Troya condujo sus escuadras; y cincuenta soldados contenia cada una de ellas, que tambien el remo sabian manejar; y cinco jefes escogidos nombró que los guiaran en la pelea, y el poder supremo se reservó. De la primer falange caudillo era Menestio, que vestía

de variado color fuerte coraza, y á la Deidad que poderosa impera en el Esperquio, caudaloso rio que acrecer suelen las celestes lluvias, debia el ser. La bella Polidora, nacida de Peleo, festejada aunque mortal por la Deidad del rio, le dió á luz; mas pasaba por su padre Boro, hijo de Periéres, que con ella se desposara en público y en dote bienes la dió de inestimable precio. El segundo escuadron acaudillaba el aguerrido Eudoro, que engendrado fué por una soltera, por la hermosa y tan diestra en la danza Polimela, de Filante nacida.—Por acaso Mercurio con sus ojos en las danzas de Diana, la diosa que en el monte hiere certera con la flecha de oro á las fieras en caza clamorosa, la vió danzar entre las otras ninfas el dulce canto acompañando al baile; y enamorado de ella, en su aposento la sorprendió. Y cediendo á sus caricias, hubo de él Polimela al esforzado Eudoro, que entre todos sus iguales sobresalia en la veloz carrera, si el alcance seguia al enemigo, y en la sangrienta lid. Cuando la Diosa que á los partos preside al tierno infante sacó á la luz, y el resplandor inmenso del sol hirió sus ojos, por esposa tomó luego á la madre el aguerrido hijo de Áctor, Equeclo; y á su alcázar, en gran riqueza habiéndola dotado, la llevó; y el abuelo cariñoso, el anciano Filante, en su morada cuidó del nieto hasta la edad madura, y tan tierno le amaba cual si fuese hijo suyo.—Pisandro, el animoso hijo de Mémal, que en vibrar el asta á todos los Mirmidones vencía no contando de Aquiles al amigo, era adalid de la tercer escuadra. Por el anciano Fénix, que otro tiempo fuera cabalgador tan afamado, la cuarta era regida. Alcimedonte, de Laerces hijo claro, acaudillaba el último escuadron. Cuando sus tropas, junto con los valientes capitanes,

hubo ya puesto en orden de batalla el valeroso Aquiles, esta arenga dirigió en alta voz á sus guerreros:

«¡Mirmidones! ninguno dé al olvido
«las amenazas que vosotros todos
»miétras duró mi cólera á los Teucros
»haciais. Impacientes, á mí mismo
»me culpábais así porque á las lides
»no os conducia.—¡Aquiles de Peleo!
»¡inflexible! sin duda que tu madre
»te alimentó con hiel. ¡Desapiadado!
»que así malgrado suyo á tus legiones
»detienes en las naves. A lo ménos
»permite que nosotros á la patria,
»atravesando el mar, volvamos todos;
»pues tan funesta cólera tu pecho
»á dominar llegó. Tales razones,
»congregados en junta clamorosa,
»repetirme soliais. A la vista
»ya teneis, pues, el hórrido combate
»que pediais. Marchad: y á los Troyanos
»con animoso corazon se arroje
»cada cual.» Así el héroe les decia,
y nuevo ardor les infundió en el alma; y al escuchar la voz de su caudillo, ellos más estrecharon las hileras.

Como suele de alcázar suntuoso con bien unidas piedras el obrero fabricar las paredes que al embate de los vientos resisten; así estaban los escudos y cóncavos broqueles. Un escudo tocaba al otro escudo, un morrion al otro, y un guerrero á otro guerrero; y las espesas crines, que en las altas cimeras relucientes trémulas ondeaban, en el aire se confundian. Tan cerradas eran las filas de soldados: y á su frente estaban los dos héroes que animosos, y mucho de la hueste adelantados, ansiaban pelear, Automedonte y el ardido Patroclo. En tanto, Aquiles entró en su tienda, y del arcon hermoso de cedro que en la nave le pusiera su madre Tétis, y llenado habia de túnicas y mantos que pudiesen abrigarle, y tapetes afelpados para cubrir el lecho, alzó la tapa. Y una copa sacando primorosa, en la cual nadie el vino delicioso

todavía gustara, y ni aún Aquiles á ninguno con ella de los Dioses las puras libaciones ofrecia excepto el padre Jove, con azufre primero la limpió. Despues, con agua cristalina lavándola, sus manos lavó tambien; y de oloroso vino llenándola, y en medio de la hueste colocado, y del vino las primicias en tierra derramando, en estas voces, mirando al cielo, suplicaba humilde á Júpiter, que atento le escuchaba:

«¡Júpiter soberano, Dodoneo,
»Pelásgico, que habitas el Olimpo,
»y eres el númen tutelar potente
»del país destemplado de Dodona,
»en cuyo bosque silencioso habitan
»los Seles, tus ministros y profetas,
»que en austero vivir, ni la dulzura
»gozan del baño, ni en mullido lecho
»quieren dormir, sino en la dura tierra!
»Si ya otra vez mis ruegos escuchaste,
»y por vengarme á las aquivas huestes
»hiciste tanto mal, tambien ahora
»da que se cumplan mis ardientes votos.
»Yo quedo en el recinto de las naves,
»y á pelear envío mi escudero,
»de todos los Mirmidones seguido:
»y tú, Jove tonante, la victoria
»con él envía, y en su fuerte pecho
»alienta el corazon, para que vea
»Héctor si mi escudero, aunque esté solo,
»combatir sabe, ó si su fuerte brazo
»sólo es capaz de pelear valiente
»cuando yo tomo parte en las batallas.
»Mas luego que la guerra y el tumulto
»él hubiera alejado de las naves,
»vuelva ileso á mi vista, y con las armas
»todas y sus valientes compañeros.»

El padre Jove le escuchó benigno, mas de su ruego le otorgó una parte, y la otra le negó. Que de las naos la guerra y los combates alejara Patroclo, le otorgó; que de la liza volviera ileso, le negó. Y Aquiles, hecha la libacion y al padre Jove habiendo ya sus votos dirigido, á su tienda volvió, y la copa de oro depositó otra vez dentro del arca. Y volviendo á salir, junto á la puerta

quedó parado, y deseaba mucho desde aquel puesto la terrible lucha presenciada de los Griegos y Troyanos.

Y los fuertes Mirmídones, siguiendo al valiente Patroclo, caminaban en buena formación, hasta que cerca de los Teucros llegaron. Y animosos se arrojaron sobre ellos, como suelen acometer furiosas las avispas que cerca de un camino su morada tienen, si los malignos rapazuelos, como lo han de costumbre, las irritan sin conocer que á sí y á muchos otros gran daño causarán. Porque si alguno los alborota sin querer, pasando por el camino, valerosas ellas, volando al inocente pasajero, en ardorosa pertinaz porfía sus hijuelos defienden. Así entónces los valientes Mirmídones saliendo de las naves, cayeron de repente sobre los Teucros, atronando el aire con inmenso clamor; y en altas voces Patroclo así á lidiar los animaba:

«¡Mirmídones de Aquíles compañeros,
»el hijo de la Diosa! en este día
»sed varones, amigos, y acordaos
»del antiguo valor; porque de gloria
»el más valiente de los Griegos todos
»que contiene el recinto de las naves
»(y también son valientes sus escuadras)
»hoy se cubra, y la falta reconozca
»el poderoso Agamenon de Atreo
»que cometió cuando insultó orgulloso
»al más fuerte de todos los Aquivos.»

Con estas voces infundió á los suyos osadía y valor, y como fieras, en columna cerrada, al enemigo se arrojaron; y en torno repetían los bajeles las voces espantosas que daban los Aqueos. Los Troyanos, cuando al hijo valiente de Menetio vieron venir, de relumbrantes armas él vestido y también Automedonte, perdieron el valor. Y las falanges desordenadas ya (porque creían que el hijo de Peleo depusiera su cólera terrible, y á la gracia vuelto de Agamenon, de sus bajeles saliera á pelear), y acobardados

áun los más valerosos campeones, en derredor miraban todos ellos por donde huir podrían de la muerte.

El primero Patroclo, adonde viera que con mayor empeño los Troyanos, en numerosa escuadra reunidos, por la nave que fuera del valiente Protesilao la ardorosa llama extender procuraban, de la turba lanzó en el medio la brillante pica, y en el brazo derecho hirió á Pirécemes, que á Troya los Peonios condujera de Amidon la remota, situada del Axio caudaloso á las orillas. El adalid de espalda sobre el polvo cayó gimiendo, y las legiones todas de los Peonios que á su lado estaban se pusieron en fuga; que Patroclo les inspiró terror, matado habiendo al capitán que á todos en la guerra en valor excedía. Así Patroclo alejó de las naves á los Teucros, y la llama apagó que consumía la de Protesilao, que abrasada la mitad quedó allí. Y hácia sus muros los Troyanos huyeron presurosos grande clamor alzando, y los Aquivos en torno de los cóncavos bajeles se derramaron con alegres voces.

Como si de las cimas elevadas del alto monte las oscuras nubes alza y aleja el fulgurante Jove, las cumbres todas, prominentes riscos y selvas se descubren, y en el cielo brilla azulada la región del éter; así, cuando los Griegos de sus naves hubieron alejado al enemigo y apagado la llama, en alegría respiraron al fin; mas no por eso el combate cesaba clamoroso. Porque no todavía los Troyanos, por las falanges griegas perseguidos, en completa derrota se entregaran á la fuga, la empresa abandonando; que áun resistían, y con paso lento, del número oprimidos, se alejaban de los bajeles. Pero al fin, deshecha la hueste, los caudillos de los Griegos mataban, cada cual, de los Troyanos á un campeón. El hijo valeroso

de Menetio, de todos el primero, á Areilico, entretanto que volvía la espalda para huir, hirió en el muslo con una lanza, y el agudo bronce el duro hueso le rompió, y en tierra cayó el Teucro de cara. El belicoso, Menelao también hirió á Toante, en la parte del pecho que mostraba por el duro broquel no defendida, y allí espiró el Troyano. Luégo Mégés, viendo venir á Anficlo, que animoso acometía, anticipó su tiro, y en la parte más alta de la pierna, donde el más grueso músculo se extiende de cuantos tiene el hombre, con la pica acertó á darle, y la acerada punta los nervios desgarró, y oscura sombra se extendió por los ojos del Troyano. Antíloco después en el alcance á Atimnio hirió con aguzada pica en un ijar y hasta el ijar opuesto el duro bronce atravesó, y de cara el adalid cayó; pero su hermano Máris, airado por su muerte y puesto delante del cadáver, con su lanza á Antíloco apuntó. Mas Trasimédes, que en el valor á los eternos Dioses mucho se asemejaba, ántes que el Teucro hubiese herido á Antíloco su pica arrojó, y en el hombro á que apuntara hirió al Troyano, y la acerada punta el brazo superior de los tendones separó, y hasta el hueso hizo pedazos. Cayó Máris al suelo, y en contorno en ronco ruido retendió la tierra, y de la muerte la tiniebla oscura sus dos ojos cubrió. Y así este día dos hermanos allí fueron vencidos por otros dos hermanos, y sus almas al arco descendieron. Ambos eran de Sarpedon valientes campeones, flechadores famosos, y nacidos de aquel Amisodaro que otro tiempo la Quimera crió, monstruo indomable que privó á muchos hombres de la vida.

Ayax de Oileo, acometiendo bravo, cogió vivo á Cleóbulo, que en tierra cayera atropellado por la turba; pero allí mismo le quitó la vida, hiriéndole en el cuello con la espada.

Y el hierro todo con la roja sangre se calentó y al infeliz los ojos cubrió de negra muerte oscura sombra; que así lo quiso el hado inexorable.

Entretanto, Liconte y Peneleo, habiendo ambos sus astas arrojado y errado ambos el golpe, ya de cerca, puesta mano á la espada, se embestían. Y Liconte, el primero, furibundo golpe dió á su enemigo en la cimera del morrión; mas se rompió la espada junto á la empuñadura, y Penelao por bajo de la oreja en ancha herida el cuello le rompió. El agudo bronce pasó de parte á parte; y la cabeza, pendiente sólo de la piel, al lado sobre el hombro cayó, y el infelice así perdió la vida. Meriónés, que en rápida carrera perseguía á Acamante, en el hombro con su lanza le hirió cuando á subir iba en el carro, y cayó el adalid, y oscura niebla triste se derramó sobre sus ojos.

A Erimante en la boca Idomeneo con el hierro cruel hirió; y la pica, por bajo del cerebro atravesando la cabeza, rompió los blancos huesos, y los dientes saltaron, y de sangre, que por boca y nariz á borbotones arrojaba, sus ojos se llenaron, y la nube sombría de la muerte al Troyano cubrió. Y estos de Grecia los adalides fueron que mataron, cada cual, á un caudillo de los Teucros.

Como en el monte los voraces lobos á los hatos de ovejas ó de cabras, si ven que del pastor por impericia vagan errantes en el verde prado, acometen feroces, y se llevan el recental, ó el tierno cabritillo que de vigor carece, y en menudos trozos le despedazan; así entónces en ímpetu furioso los Aqueos seguían el alcance á los Troyanos, que ya olvidados del valor antiguo sólo en huir pensaban á sus muros.

Ayax de Telamon siempre seguía á Héctor de cerca, y mucho deseaba herirle con su pica; mas el Teucro, cual experto adalid, con el escudo